

EL ROL DE LA VARIABLE *SEXO* O *GÉNERO* EN SOCIOLINGÜÍSTICA: ¿DIFERENCIA,
DOMINIO O INTERACCIÓN?

María José Serrano

Universidad de La Laguna

mjserran@ull.es

Resumen

En este artículo se hace una revisión crítica de las teorías existentes sobre el rol de la variable sexo o género en la sociolingüística. Son analizadas las posturas relativas tanto a la nomenclatura (*sexo* o *género*), su relación con la categoría biológica sexo, y su vinculación con otros aspectos sociales. La clásica visión de esta variable como una dicotomía entre los conceptos opuestos de *dominio* o *diferencia* es reseñada con el objeto de mostrar que se trata de un enfoque cargado de impresionismo y de lugares comunes que poco han contribuido a desvelar el verdadero rol de esta variable y su correlación con fenómenos lingüísticos. En cambio, una perspectiva basada en las últimas teorías sociolingüísticas y antropológicas, basadas en aspectos como la *interacción* y las *comunidades de práctica* da cuenta de forma mucho más óptima de cómo funciona esta variable en los estudios sociolingüísticos.

Palabras clave: género, sexo, sociolingüística, interacción, comunidades de práctica

Abstract

This article deals with a critical overview of sociolinguistic variable sex or gender. A primarily based question analyzed is the label one must to use: *sex* or *gender* as well as its relation to other social categories. The basic stereotypes in gender variable becomes understood as a pivotal conceptualization between difference or dominance, highly impressionistic. There are many other ways that sex and gender can be considered and studied empirically situating in modern sociolinguistics frames such *interaction* or *community of practice*.

Key words: gender, sex, sociolinguistics, interaction, community of practice

1. Introducción. La variable sexo o género

Una de las variables sociolingüísticas más estudiadas, analizadas y comentadas es la del *sexo* o *género*. Su correlación con las distintas variantes lingüísticas resulta muy significativa ya que, en principio, hombres y mujeres hablan de forma diferente. Pero ante una realidad que parece clara, tanto la nomenclatura (*sexo* o *género*) así como las teorías existentes y su aplicación resultan muy controvertidas, ya que están implicadas variadas características biológicas, culturales y sociales. Así pues, una de las cuestiones cruciales en este tema es si las diferencias entre hombres y mujeres se deben a su propia naturaleza o son aprendidas culturalmente desde la infancia. No son pocas las teorías que se inclinan de uno u otro lado y, por otra parte, es muy frecuente el abuso de los tópicos y de los prejuicios para estudiar esta variable en el terreno de la sociolingüística.

Otra cuestión problemática es, de acuerdo con lo anterior, la nomenclatura: ¿*sexo* o *género*?. El término *sexo* se refiere a la distinción biológica *femenino/masculino* u *hombre/mujer* pero aunque se ha usado y se sigue usando dicho término en sociolingüística, algunos estudiosos han preferido sustituirlo por el de *género* (traducción del inglés *gender*), considerando que responde mejor a la elaboración social y cultural de las diferencias sexuales (Cheshire 2002:423, Eckert 2000). En el ámbito hispano, sin embargo, el término *género* alude al ámbito de lo gramatical (el género de las palabras) y prefiere descartarse por esos problemas. Blas Arroyo (2005:163) cree que los inconvenientes del uso de la palabra *sexo* son menores que los del uso del término *género* por ese otro valor que toma en español y prefiere seguir usando la primera, si bien para evitar connotaciones indeseadas en algunas derivaciones de la palabra sexual (por ejemplo, *sexuales*), se inclina alternativamente por el término *generolectal* para designar a la variación de este tipo. Añade, además, que no está del todo claro que las diferencias biológicas no puedan representar un factor adicional explicativo. Asimismo, Moreno Fernández utiliza el término *sexo*, ya que, según indica, el género sociocultural se opone al sexo en tanto el primero es una dimensión sociocultural adquirida y el segundo una categoría biológica. Pero añade que ambos conceptos tienen unos límites muy borrosos, ya que el *sexo* forma parte del *género* (2005:40 y 44). Por su parte, Silva-Corvalán (2001:96) utiliza el término *sexo*. El uso del término *género* está justificado porque se considera que el sexo biológico de los hablantes no está relacionado con el comportamiento lingüístico, sino que es un reflejo de las prácticas sociales, de ahí que de esa relación se extraiga que las categorías biológicas *sensu strictu* no son las que condicionan uno u otro uso lingüístico o formas de hablar, sino que es el valor social que tiene

cada sexo en la sociedad el que provoca esas diferencias. Así pues, el *género* se define como el *constructo social del sexo*.

Lo cierto es que desde los primeros años de vida, los niños y las niñas tienen comportamientos diferentes que pueden ir acompañados de comportamientos lingüísticos diversos entre sí. De hecho, está comprobado que las habilidades de cada sexo son también diferentes: las niñas suelen aprender a hablar antes, suelen tener mayor aptitud para actividades como la música y el dibujo, debido a que el hemisferio cerebral dominante es el izquierdo, que es el responsable del desarrollo de esas habilidades (Lozano 1995:219). No hay que insistir en señalar que los juegos de cada uno de ellos suelen ser también diferentes; las niñas tienden menos al grupo y más a tener una *mejor amiga* y son más cooperativas y minuciosas. Los niños, en cambio, tienen tendencia a jugar en grupos más numerosos y jerárquicos y a jugar de forma más competitiva y menos cooperativa (Lozano 1995:224). Los niños y las niñas adquieren la lengua de forma diferente, actuando como si de una subcultura se tratase ya que interactúan lingüística y socialmente también de modo diverso: las niñas juegan en grupos más pequeños, incluso en parejas y los niños tienden a jugar en grupos mayores y más jerárquicos (Coates 1993:147 y 157).

¿Son estas características algo innato, derivado de características biológicas o bien dependen de factores culturales y/o de la estimulación (consciente o no) de padres y profesores?. El debate sobre este tema excede de los objetivos y fundamentos de la Lingüística y pertenece a otros campos científicos. Lo que interesa a la sociolingüística es la forma en la que las distintas formas de hablar están distribuidas de forma desigual entre los sexos, estableciendo paralelamente qué factores son operativos en esa distinción.

2. *Diferencia y dominio*

Sheldon argumenta que las expectativas acerca del comportamiento del habla según el género son tan poderosas que se llega incluso a decir que se trata de la “categoría primaria según la cual la sociedad se organiza” (1993:83). Otras opiniones, en cambio, restan importancia al factor sexo como determinante, incluso dentro del ámbito de la sociolingüística. Tal es la postura de Fasold (1990:223), quien asegura que el sexo por sí mismo no constituye una categoría definitoria de comportamientos, ya que generalmente interactúa con otras. El trabajo de Sheldon analiza el discurso de niños y niñas de tres años mientras juegan, partiendo de la hipótesis de que esa tendencia innata a jugar de una determinada forma entre las niñas y de otra entre los niños podría incrementar y desarrollar el crecimiento de esferas conceptuales y de comportamiento diferentes,

y, por lo tanto, también lingüísticas (1993:85). El estudio consistió en observar una situación de juego conflictiva en la que dos niñas se peleaban por darle de comer un pepinillo a una muñeca y dos niños que se peleaban por escoger ciertas comidas de una mesa. Las estrategias lingüísticas de las niñas mostraban una mayor tendencia al uso de sentencias en la línea de *oposición-insistencia-oposición*, usando una variedad de tácticas verbales para elaborar su resistencia a la oposición de la otra y así negociar una solución. Entre los niños, por el contrario, el discurso iba encaminado a mantener el control sobre el conflicto de forma mucho más contundente, así como la tendencia a la separación para acabar con el mismo.

Si se mantiene que las diferencias biológicas entre niños y niñas acaban por convertirse en distintas formas de hablar que se mantienen a lo largo de la vida y se consolidan en la vida adulta, estaremos ante una aproximación del sexo o del género basada en la *diferencia*. Si, por el contrario, se considera que las diferencias entre los sexos vienen dadas por la distinta socialización de que son objeto los hombres y las mujeres a lo largo de su vida, estamos ante una aproximación basada en el *dominio*. *Dominio* y *diferencia* son, por lo tanto, los dos pivotes sobre los que han girado las teorías sobre el análisis del sexo o género. Aunque algunos autores toman partido por una u otra perspectiva, también hay otros que adoptan una postura intermedia según la cual se reconocería la existencia de diferencias, pero estas pueden venir acompañadas de dominio. Estas dos perspectivas son correlativas con las tendencias a denominar *sexo* o *género* a este tipo de variación social, si bien no vinculan a los autores que utilizan cada uno de esos términos a una teorización basado en uno u otro aspecto.

Las primeras investigaciones sobre el rol del sexo en el lenguaje apuntan a una consideración feminista, basada, obviamente, en el dominio social del hombre sobre la mujer, que se refleja en los usos lingüísticos de ambos. Baste con observar la postura de Lakoff (1975), claramente encaminada a buscar y a subsanar las desigualdades entre los sexos a través del uso y de las interpretaciones lingüísticas. Ella misma señala al inicio de este trabajo que su intención es aportar pruebas distintivas del tipo de desigualdad existente en la sociedad (1975:32). Esta idea del uso de la lengua en función del *dominio* se pone muy en boga durante la década de los 70 y de los 80, influenciado también por ciertas actitudes políticas y culturales de esa época, desarrollándose así una *sociolingüística feminista*. Esto parte de la idea de que las lenguas son sexistas en sí mismas, de modo que esta idea presupone que contribuyendo a eliminar el sexismo de la sociedad se eliminarían también los usos discriminatorios de la lengua (Smith 1985, Thorne y Henley 1975). No obstante, algunas de estas posturas son extremadamente radicales; de hecho, apoyarse en el dominio para analizar la variable sexo no es una posición que pueda tenerse hoy en cuenta, al menos de forma exclusiva (Cameron 1993:3).

Lakoff parte de la base de que la mujer experimenta la discriminación lingüística de dos maneras: en el modo en el que le enseñan a usar la lengua y en el modo en el que el uso colectivo del lenguaje la trata a ella (1975:32). En esa misma línea, Lozano (1995:14-15) cree que la mayoría de las causas que explican las diferencias de estilo entre hombres y mujeres son de orden social y educacional, transmitidas desde la infancia. La creencia de que niños y niñas *aprenden* dos formas distintas de hablar es compartida por los defensores de esta postura (Lakoff 1975:35). Un cambio en esa posición social de la mujer en la sociedad provocaría también un cambio significativo en la lengua, según esta autora (1975:10), por lo cual cree necesario desterrar los usos lingüísticos sexistas (1975:10). Así pues, asevera que a la mujer se le niega o se le dificulta el acceso al poder con la excusa de que no es capaz de ejercerlo, tal y como demuestra su comportamiento lingüístico (1975:38). Tal comportamiento puede ser cierto en algunas circunstancias o aspectos, pero también está plagado de tópicos, prejuicios y lugares comunes.

Lakoff lleva al extremo en muchos casos su postura claramente feminista y se deja llevar por dichos prejuicios y lugares comunes. Ejemplo de ello es la afirmación de que la terminología de la gama de los colores que hacen las mujeres (*beige, crudo, aguamarina, magenta*) está ausente en la mayoría de los hombres (1975:39). Lo mismo señala con respecto del uso de algunos adjetivos, calificados por esta autora como *neutros* (usados tanto por hombres como por mujeres) y otros usados exclusivamente por mujeres. Entre estos últimos se encuentran *encantador, lindo, dulce*. Adjetivos considerados como neutros serían *magnífico, tremendo, bonito*. Incluso señala que la intromisión de un hombre en el vocabulario exclusivo de la mujer puede acarrearle un deterioro en su reputación (1975:44). Lakoff insiste en este sentido cuando apunta a que una palabra que se puede atribuir tanto a un sexo como al otro adquiere un significado especial cuando se aplica a las mujeres, sobre todo en el terreno de las palabras tabuizadas (1975:55). Añade que “desequilibrios lingüísticos” de este tipo deben estudiarse porque reflejan una análoga situación de desequilibrio en la vida real (1975:89).

Como bien apunta Lozano (1995:64), el análisis lingüístico de la mujer no ha sido bien tratado, ya que, como se observa, está impregnado de impresionismo. La investigación de Lakoff está orientada a localizar los usos lingüísticos que degradan a la mujer, pero esto es insuficiente para lograr una verdadera interpretación de las formas de hablar del sexo masculino y del femenino, de hecho, se ha señalado que los trabajos de Lakoff son el producto de una *paranoia feminista* y, esto, entre otras cosas, deja entrever que, ya a finales de los años 70 la dicotomía *diferencia/dominio* deja de ser tan iluminadora (Eckert y Mc Connell-Ginet (2003:1-2).

De forma general, los estudios sobre esta variable suelen considerar tres cuestiones en torno a tres aspectos que se presuponen diferentes para cada sexo: *el conservadurismo, el estatus y la solidaridad* (Cameron y Coates 1993:13). Veamos detenidamente cada una de estas cuestiones.

a) *El conservadurismo*: al menos en las zonas urbanas, las mujeres suelen estar más apegadas al uso de las formas consideradas como prestigiosas. Sin embargo, Cameron y Coates subrayan que esto podría estar asociado a las clases medias; en las bajas un uso pretendidamente prestigioso puede resultar innovador porque está atestiguado que entre las mujeres el uso de las formas vernaculares está más asociado al conservadurismo (1993:14). Esta idea es también discutida por Deuchar (1993:27) apuntando a que la mayoría de los estudios se centran en comunidades de habla americanas e inglesas, así como en otras variedades occidentales e industrializadas. Otros estudios también han dado cuenta de la relatividad de la idea del conservadurismo femenino; en Italia el rol de las mujeres en el cambio lingüístico se presenta como ambiguo, ya que algunos trabajos han determinado su tendencia innovadora y otros conservadora (Terracini 1922:167; Tagliavini 1983). Uno de los trabajos más recientes (Dal Negro y Vietti 2006) concluye que el género no es determinante en la selección de la lengua estándar o el dialecto en una zona italiana de Piamonte, donde este último ha perdido su rol como variedad de la interacción cotidiana. Se esperaba que las mujeres fuesen más tendentes a conservar la variedad dialectal, pero las conclusiones no lo determinan así (2006:190) y resultaron ser más significativas las variables *edad* y *lugar* (rural o urbano). Asimismo, existen diferencias en cuanto al género, solamente en el uso del dialecto y en función del hablante con el cual se efectúe el intercambio. Se observó que las mujeres se acomodaban más a la lengua usada por el interlocutor (dialecto o estándar) (2006:191). Asimismo, otras investigaciones concluyen que la idea del conservadurismo de las mujeres propuesto por Labov (2001:364) es relativa. Tal es el caso de Senegal, donde se utiliza el *wolof* como *lingua franca*, pero se introducen préstamos del árabe y del francés por ser consideradas lenguas de prestigio (Ngom 2003:362). Las mujeres y los hombres no presentan grandes diferencias en cuanto a la cantidad de préstamos árabes y franceses incorporados. Por lo tanto, las mujeres siguen la tendencia innovadora del resto de los grupos sociales de esa comunidad -incluidos los hombres- de incorporar préstamos de esas lenguas como una forma de acumular poder simbólico. Por otra parte y al mismo tiempo, las mujeres y los hombres presentan diferencias en cuanto a usar préstamos del inglés debido a que se consideran estigmatizados y transgresores de las normas sociales (2003:363). Las

mujeres por tanto, manifiestan un comportamiento doblemente conservador e innovador en esa comunidad de habla.

b)El estatus. Se ha considerado que las mujeres quieren ganar más estatus a través de su forma de hablar introduciendo cambios que consideran prestigiosos. Esta inseguridad podría asociarse a los patrones de hipercorrección detectados en la clase media-baja; por lo que cabría dudar de si es un uso exclusivamente femenino (Cameron y Coates 1993:15). En el estudio de Dal Negro y Vietti (2006:191) las mujeres se presentaron como innovadoras al introducir el estándar en los enclaves rurales.

c)La solidaridad. Si se definen las normas vernaculares de cada comunidad de habla como rasgos que marcan la lealtad lingüística de un individuo, resulta obvio que, en muchos casos y de acuerdo con lo anterior, serían los hombres los que seguirían dichas pautas de habla vernacular. Desde la perspectiva de las redes sociales, dicha adscripción a lo vernacular daría un resultado más satisfactorio (1993:19), ya que se contemplaría esa lealtad en interacción con el resto de los individuos. Deuchar (1993:28-19) coincide en apuntar que el concepto de solidaridad está más prototípicamente arraigado entre los hombres que entre las mujeres, lo cual genera también ciertos prejuicios a la hora de valorar su verdadero rol.

Como conclusión, Cameron y Coates insisten en que hay muchos componentes sociológicos que deben ser incorporados en la metodología sociolingüística. Añaden que no se ha explorado el lugar de la mujer en cada sociedad como un mecanismo explicativo (1993:24).

Una concepción más realista de la influencia del factor sexo en los usos de la lengua debe estar basada en el estudio del comportamiento de hombres y mujeres en relación con otros hablantes y en la producción de su discurso en cada tipo de sociedad (Lozano 1995:75), relacionando las distintas formas de hablar con las distintas formas de *interactuar*. Este concepto de interacción -mucho más actual- es, como veremos, el que se sigue actualmente a la hora de estudiar las distinciones lingüísticas entre los sexos (Eckert y Mc Connell-Ginet 2003:50, Kendall y Tannen 2003:548) que, a su vez, reflejan prácticas sociales que influyen en el comportamiento lingüístico.

De hecho, una de las críticas realizadas contra Lakoff ha sido la de su concepción tan simplista de los usos femeninos y masculinos, tratándolos como una mera *deixis de género* (Mc Conell-Ginet 1988:82). Cameron, Mc Alinder y O'Leary (1993:75) esgrimen también argumentos en contra de las ideas de Lakoff, a quien achacan de realizar una investigación

anecdótica y no empírica, ya que habla de la existencia de antemano de un habla femenina prototípica. En concreto, cuestionan los resultados del trabajo de Lakoff sobre el uso de las *tag questions* (*isn't it?,...*), relacionando su mayor cantidad de uso en las mujeres con unos valores de inseguridad o de deseo de mitigar o debilitar la fuerza de una emisión. Todo ello porque en la sociedad dichas mujeres tienen - en opinión de Lakoff- menos poder y son más débiles y pasivas. Aunque Cameron y Coates señalan que esto podría ser de algún modo cierto, consideran que es necesaria una exploración de estos usos en un contexto comunicativo concreto, además de relacionar dicho uso con otros factores sociales como la edad o el nivel sociocultural (1993:78). Proponen así un estudio del factor sexo en interacción con otras categorías sociales y evitar la consecuencia de dar como válidos resultados de meras cuantificaciones o distribuciones de uso entre hombres y mujeres (1993:81). De hecho, muchos autores opinan que este problema empieza cuando se toma el sexo como una variable dentro del paradigma cuantitativo, que es lo que lleva, por ejemplo a Labov y a Trudgill, entre otros, a realizar afirmaciones estereotipadas que correlacionan el habla de las mujeres con unos mayores niveles de corrección y cuidado (Cameron 1993:3).

El tratamiento del sexo o género como variable necesita ser muy cuidadoso tanto en el diseño de la muestra como en la interpretación de los resultados. En su estudio sobre el *patois* de Dudley (West Midlands, Inglaterra), Edwards (1993:33) analiza su distribución social en tres variables explicativas: la red social, la relación entre la educación y el sexo y las actitudes hacia la comunidad blanca. Encuentra que el sexo no es una variable significativa explicativa por sí misma, ya que ni hombres ni mujeres presentaban un uso o una actitud diferenciada entre sí hacia esta lengua criolla, aunque detecta una cierta actitud más crítica de los hombres hacia el *patois* que las mujeres. Al estar esto relacionado con otro tipo de factores como la intensidad de la red o el nivel educacional, no cabe identificar al hablante de *patois* como hombre y con una actitud hostil hacia los blancos (1993:45).

Argumenta Holmes (1984:82-83) que construcciones como las *tag questions* tienen una función interactiva que no debe ser pasada por alto, puesto que está estrechamente relacionada no solo con su intrínseco valor lingüístico, sino además con la relación social establecida entre los participantes de la conversación donde se inserta, en términos de simetría o asimetría. Así pues, un hablante que se presente como asimétrico con respecto al resto de los participantes en la conversación podría utilizar una *tag question*, independientemente de su sexo (1984:86), como una forma de obtener una respuesta positiva en sus interlocutores:

“It’s a nice day, isn’t it?”

lo cual incita a responder en modo positivo:

“Yes”

En cambio, la emisión: “It’s a nice day”, puede producir tanto una respuesta positiva como una negativa.

Asimismo, Coates (1993a:3 y 5) señala que las conclusiones recogidas en la investigación de Lakoff adolecen de impresionismo y de ser poco científicas, coincidiendo con los anteriores argumentos. Por otra parte, duda de los resultados de muchos trabajos sobre la lengua de las mujeres motivada en buena medida por la metodología empleada; los dialectólogos han preferido usar informantes hombres y se han basado en la tesis –ya convertida en tópico- de que las mujeres presentan una mayor proporción de formas lingüísticas prestigiosas con respecto de los hombres (1993:55 y 67). La perspectiva de Coates pone el acento en explicar por qué hombres y mujeres hablan de forma diferente y cómo son esas diferencias, ya que los mejores resultados sociolingüísticos han mostrado cómo los usos lingüísticos varían sistemáticamente con aspectos del contexto social, evitando así prejuicios en la investigación mantenidos en ocasiones por una simple cuantificación de datos (1993:78). Por lo tanto, una atención más destacada hacia la interacción comunicativa que contextualiza las diferencias entre las formas de hablar de los géneros se orienta, por otra parte, hacia la comprensión de la *competencia comunicativa* (Hymes 1974) o la que incorpora factores sociales y culturales en la descripción lingüística, de forma que lo que se aprende desde la infancia es lo que permite comportarse lingüísticamente de una forma apropiada y competente. Esta idea se puede aplicar perfectamente al sexo o género, ya que hombres y mujeres parecen diferir en su concepción de lo que es *apropiado* en cada momento comunicativo (Coates 1993:107, Eckert y Mc Connell-Ginet 2003:56). Esa competencia comunicativa es la que hace que hombres y mujeres tengan internalizadas ciertas pautas asociadas al sexo, tales como el uso de las *tag questions*, las respuestas mínimas, la *verbosity*, etc. (Coates 1993b: 63-65). Así pues, se reconoce que hombres y mujeres hablan diferente, pero la cuestión es llegar a saber cómo llegan hombres y mujeres a tener esas normas comunicativas diferentes sin polarizar en el concepto de *dominio*. Bucholtz y Hall (1995:7) por su parte, afirman también que los estilos de hombres y mujeres son diferentes porque constituyen una parte de su presentación de sí mismos, culturalmente establecida. De hecho, desde este punto de vista se explicaría la sensación existente que se tiene sobre las dificultades en la comunicación que se producen entre hombres y mujeres, algo que ha dado lugar a la afirmación de que la femenina y la masculina son dos subculturas diferentes (Eckert y McConnell- Ginet 2003:2, Tannen 1990, Coates 1993:187).

En suma, de forma general podemos suscribir la idea de que el sexo o el género han sido estudiados de una forma muy superficial (Eckert 1989:245, Wodak y Benke 1997:148); por una parte, no se suele integrar con otras variables sociolingüísticas y, por otra, no se contextualiza su uso en cada situación comunicativa.

3. *Diferencia, dominio ¿o interacción?*

Una perspectiva interaccional resulta más eficaz para comprender óptimamente el verdadero rol del sexo o género de los hablantes (Tannen 1993:3). Considerando que esta categoría es muy compleja dado que en ella están implicados factores sociolingüísticos, discursivos y antropológico-etnográficos, se pueden hacer las siguientes afirmaciones en torno a la misma:

- a) Los roles lingüísticos de los sexos no están dados de antemano, se crean durante la interacción.
- b) El contexto tampoco está determinado, se construye en el habla y en el transcurso de la interacción.
- c) Todo lo que sucede en el transcurso de la interacción es el producto de una acción conjunta, es decir, el resultado de la interacción de los modos de hablar de cada sexo individualmente.

Así pues, ninguna conversación o acto comunicativo tiene significado fuera de un *enmarcamiento interaccional* (framed) (Tannen 1993:11-12). De producirse diferencias en el discurso de hombres y mujeres asociados a posibles perspectivas de dominio, estas deberían ser encontradas y analizadas dentro de un proceso comunicativo concreto y no como el resultado de categorías establecidas y predeterminadas, ni siquiera biológicamente (Tannen 1993a:11-12). Por otra parte, añade esta autora que, incluso si dichas características fueran culturalmente aprendidas, estas podrían ser cambiadas por el orden social por inapropiadas y/o degradantes para la mujer, razón de más para insistir en la *interacción* como el mejor lugar para estudiar esta variable extralingüística. De hecho, en una de sus investigaciones concluye que las diferencias en las formas de comunicar frecuentes entre hombres y mujeres podrían deberse a la existencia de distintos estilos, que, puestos en interacción, podrían revelar una posición de subordinación de la mujer con respecto al hombre. La relación entre los sexos y sus roles en el discurso proporcionan un excelente lugar donde analizar cómo se crea y se gestionan los conceptos de poder y de

solidaridad entre hombres y mujeres (Tannen 1993b:183). Por ejemplo, se piensa que la interrupción en la conversación es un símbolo de dominio por parte de los hombres (y, de hecho, puede serlo), pero si en un discurso determinado tanto hombre como mujer se interrumpen mutuamente no hay por qué pensar que ese fenómeno obedezca a una situación de dominio; más bien hay que centrarse en otros aspectos como el tema de conversación, ya que una interrupción en una conversación determinada y en un contexto concreto puede ser una señal de apoyo y no necesariamente de dominio (Tannen 1993b:183). Para el mismo fenómeno, James y Clarke (1993:246-247) obtienen resultados que indican que las interrupciones pueden constituir una forma de ayudar al interlocutor en su exposición. Hombres y mujeres suelen diferir en cuanto a la cantidad de interrupciones, pero no hay ninguna función objetiva para adjudicarle una función concreta a las interrupciones que señale a los hombres como dominantes culturalmente que no sea otra que correlacionarlas con su posición culturalmente dominante de forma apriorística.

Otro lugar común que queda desmentido con la perspectiva interaccional es la idea de que las mujeres hablan más o realizan turnos más extensos y numerosos estudios han contribuido a desmentir tal idea. James y Drakich (1993:281) señalan que esto ha sido la creencia de que las mujeres son más habladoras es una idea muy asentada en las culturas occidentales, pero después de analizar varios estudios al respecto, concluyen justamente lo contrario, esto es, que los hombres *hablan más* que las mujeres. Las diferencias encontradas en la cantidad de emisiones puede variar en función de interlocutor (hombre o mujer) así como las expectativas creadas en torno a las habilidades entre los sexos y sus posibles áreas de competencia (1993:301). Esto quiere decir que la cantidad de habla será variable en función de los temas de conversación para los que cada sexo puede estar más interesado o ser más competente, así como de las relaciones de estatus establecido en la interacción.

Por otra parte, negar el sexo o el género como categoría aislada o estática incluye que hay que relacionarlo con otras categorías sociales. En este sentido Uchida duda de que se pueda hablar de culturas diferentes de comunicación entre hombres y mujeres aludiendo simplemente a cuestiones biológicas (1992:547). Sus diferencias lingüísticas, a su juicio, están más basadas en una relación de poder y de dominio más que en diferencias puramente culturales (1992:555). Aunque apoya en cierta medida la postura del dominio llevada a cabo por Lakoff (1992:548), reconoce que la dicotomía *diferencia-dominio* es insuficiente para estudiar las diferencias de género, porque ignoran otras variables extralingüísticas como la clase social, la edad, la raza o la procedencia. Las diferencias entre los géneros pueden ser consideradas como el resultado de dos subculturas diferentes, pero, en cualquier caso son el resultado de una relación jerárquica que tiene lugar dentro de cada sociedad, asociando dicha relación al resto de las variables sociales

(1992:562-563). Cree en definitiva que la famosa dicotomía es también complementaria, ya que la diferencia conlleva el dominio (1992:563).

4. *La interacción y las comunidades de práctica*

Un enfoque dinámico del género que lo relacione con otras categorías y no como algo ajeno a la identidad social es la propuesta de Eckert y Mc Connell-Ginet (1992:433), que incluye al sexo o género dentro de la metodología de las *comunidades de prácticas* (*community of practice, Cop*) (1992:433). Estas se definen como: “un grupo de gente que tiene intereses comunes y que desarrollan y comparten formas de vida, creencias y valores (Eckert y Mc Connell-Ginet 1999:186). Este concepto está tomado de Bordieu (1977) aunque con algunas matizaciones. Estas investigadoras demuestran que el sexo de los hablantes no está solamente relacionado con el comportamiento lingüístico, sino que es también el reflejo de las prácticas sociales. Así, asomándonos al discurso para obtener ese carácter dinámico del factor sexo se puede concluir que si una variante o uso lingüístico se encuentra en mayor proporción entre las mujeres podría asociarse a una expresión de feminidad, lo mismo que si se asocia un uso a la clase baja (1992:437). El sexo o género no obtiene así un comportamiento muy diferente al de otras variables lingüísticas, como el estilo, que también está internalizado por los hablantes de una forma determinada (1992:439). Así pues, si una diferencia sexual se identifica con una construcción lingüística, esto lleva aparejado la forma en la que los hablantes construyen una identidad de género en el discurso. En este sentido, los roles de género en una sociedad como conjunto y entre un grupo de hablantes determinado son estudiados por Eckert (1993) en el habla de las chicas adolescentes de un suburbio de Detroit. Parte de la base de que la influencia del discurso personal femenino está relacionada con la acumulación de capital simbólico, de forma que el género femenino suele acumular mayor capital simbólico con impunidad. Estudiando el discurso de estas adolescentes concluye que existen determinadas normas lingüísticas para determinados tópicos o temas de conversación, como hablar de los chicos o la forma en la que ellas dejan ver su atractivo ante ellos. Dichas normas lingüísticas, concluye Eckert (1993:60), están en estrecha interacción con el lugar social que tienen estas chicas. En concreto, en la adolescencia, es necesario explorar esas normas y negociarlas con sus iguales para poder reafirmarse en las reglas que rigen su comportamiento lingüístico.

De esta forma, observando y analizando las comunidades de prácticas se puede relacionar la lengua con la identidad social, apostando con ello por una concepción más dinámica y contextualizada de los roles sexuales, insistiendo en las relaciones entre los grupos de la sociedad

(Holmes y Meyerhoff 1999:173-174). El estudio de estas prácticas, permite, además, profundizar en los comportamientos comunicativos de sus participantes así como centrarse en los patrones de interacción y de competencia comunicativa. Los integrantes de esas comunidades presentan unas pautas comunes de controlar el discurso que consideran más apropiado en cada momento (Holmes y Meyerhoff 1999:175). Por ejemplo, una de estas comunidades de prácticas podría ser la de compartir un mismo estilo comunicativo, dada una situación comunicativa concreta. Eckert y Mc Connell-Ginet analizan las comunidades de prácticas de los *Asian-Wall* (chicos asiáticos-americanos) instalados en Norteamérica, que comparten unas pautas comunes de comportamiento social (vestir, salir, asistir a tales sitios, etc.). Esto va correlacionado con el uso de determinadas construcciones lingüísticas, partiendo de la base de que lo que la gente hace es lo que en definitiva construye el lenguaje y el género (1999:190). Esto quiere decir que, al tiempo que se construyen determinados aspectos de la identidad social (nivel de vida, clases social), se construye también el rol del género, es por eso por lo que no puede analizarse fuera de la interacción socio-comunicativa. La ausencia de contemplar estos aspectos es lo que ha dado lugar, en opinión de estas autoras (1999:190-193), a dar por sentados una serie de tópicos en torno a la lengua de las mujeres (más conservadoras, más corteses, menos innovadoras o más innovadoras, más habladoras, más estándares, etc.). La mayoría de estas conclusiones vienen dadas por el uso de una metodología que contempla grupos de hombres y grupos de mujeres como categorías monolíticas y aisladas, y no en interacción (1999:193). A cambio, se propone con el análisis de las comunidades de prácticas, que el comportamiento lingüístico de las mujeres se estudie de acuerdo con aspectos relevantes y vinculantes de su actividad social. Por ejemplo, las mujeres que forman parte de una comunidad rural están adscritas a un modo de vida claramente diferente de las mujeres urbanas. Las expectativas que se crean y que se espera de ellas lingüísticamente hablando, no pueden ser encerradas bajo la categoría social *mujer*. Una aproximación más realista es la que observa con detenimiento el conjunto de prácticas que puede definir y explicar su discurso. Es lo que Eckert y Mc Connell-Ginet denominan los *atributos de las acciones* (1999:198). Cada acción verbal es el resultado de una situación social en la que sucede, dentro de un discurso y en un medio interactivo concreto (Eckert y Mc Connell-Ginet 2003:129). En esta línea, esta teoría se hace en buena medida eco de lo que señalaba Bordieu, esto es, que el valor de una emisión en el mercado de las ideas depende crucialmente de la variedad lingüística donde se enmarca (Eckert y Mc Connell-Ginet 2003:271, Bergvall 1999:279). Se propone así el concepto de *social moves* (2003:133), que imprime una realidad concreta a cada emisión lingüística de acuerdo a los rasgos sociales y comunicativos expuestos. El género o el sexo no es el resultado solamente de lo que *se es*, sino también de lo *que se hace*. Por otra parte, puede integrar niveles

de análisis micro y macro-sociolingüísticos, que pueden ir desde el análisis de una norma local, de una variedad o de una lengua, hasta su interacción con un rasgo individual de un hablante (Bergvall 1999:288). Se pone el acento, por tanto, a un diseño de grupos que participan de unas características comunes y de la observación tanto de la interacción entre ellos como entre los grupos entre sí.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bergvall, V. 1999. Toward a comprehensive theory of language and gender. *Language in Society* 28:273-293.

Blas Arroyo, J.L. 2005. *Sociolingüística*. Madrid: Cátedra.

Bourdieu, P. 1977. *Outline of a theory of practice*. London: University Press.

Bucholtz, M. y K. Hall (eds). 1995. *Gender articulated. Language and the socially constructed self*. New York: Routledge.

Bucholtz, M. y K. Hall (eds.) .1995. Introduction. 20 years alter Language and woman's place. En Bucholtz, M. y K. Hall, (eds), 1-24.

Cameron D. 1993. Language and sex in the quantitative paradigm. En Coates y Cameron (ed), 3-12.

Cameron, D. y J. Coates .1993. Some problems in the sociolinguistic explanation of sex differences. En Coates y Cameron (eds.), 13-26.

Cameron, D., F.Mc Alinder y K. O'Leary .1993. Lakoff in context: the social and linguistic functions of tag questions. En Coates y Cameron (eds), 74-93.

Chambers, J. K. (et. al) (ed). 2003. *Handbook of Language Variation and Change*. Oxford: Blackwell.

Cheshire, J. 2002. Sex and gender in variationist research. En Chambers (ed), 423-443.

Coates, J. (1993) *Women, men and language*. London:Longman.

Coates, J. y D. Cameron (eds). 1993. *Women in their speech communities*. London:Longman.

Coulmas, F. (ed.). 1997. *The handbook of sociolinguistics*. Oxford: Blackwell.

Dal Negro, S. y A. Vietti .2006. The interplay of dialect and the standard in anonymous street dialogues: patterns of variation in Northern Italy. *Language Variation and Change* 18: 179-192.

Deuchar, M. 1993. A pragmatic account of women's use of standard speech. En Coates y Cameron (eds), 27-32.

Eckert, P. 1989. *Jocks and burnouts: social categories and identity in the high school*. New York: Teachers College Press.

Eckert, P. 2000. *Language and gender*. Cambridge University Press.

Eckert, P. y S. McConnell-Ginet (eds) .2003. *Language and gender*. London: Cambridge University Press.

Eckert, P. y S. McConnell-Ginet .1992. Think practically and look locally. Language and gender as community based practice. *Annual Review of Anthropology* 21: 461-490.

Eckert, P. y S. McConnell-Ginet. 1999. New generalizations and explanations of language gender research. *Language in Society* 28, 2:185-201.

Edwards, V. 1993. The speech of british black women in Dudley, West Midlands. En Coates y Cameron (eds), 33-50.

Fasold, Ralph .1990. *The Sociolinguistics of Language*. Oxford:Blackwell.

Freed, A. 1999. Communities of practice and pregnant woman, is there a connection?. *Language in Society* 28, 2:261-280.

Holmes, J. 1984. Hedging your bets and sitting on the fence: some evidence for hedges as support structures. *TeReo* 27: 47-62.

Holmes, J. 1987. Hedging, fencing and other conversational gambits: an analysis of gender differences in New Zealand speech. En Pawles, A. (ed.), 59-79.

Holmes, J. y M. Meyerhoff. 1999. The community of practice: theories and methodologies in language and gender research. *Language in Society* 28, 2: 173-183.

Hymes, D. 1974. *Foundations in Sociolinguistics: an ethnographic approach*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

James, D. y J. Drakich .1993. Understanding gender differences in amount of talk: a critical review of research. En Tannen, D. (ed.), 281-296.

Kendall, S. y D. Tannen. 2003. Discourse and gender. En J.K. Chambers et. al. (eds.), 548-567.

Labov, W. 2001. *Principles of linguistic change. Social factors*. Oxford: Blackwell

Lakoff, R. (1975) *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona:Hacer.

Lozano Domingo, I.1995. *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?*. Madrid: Minerva Ediciones.

McConnell-Ginet, S. 1988. Language and gender. En Newmeyer (ed.), 75-99.

Meyerhoff, M. 1999. Sorry in the Pacific: defining communities, defining practices. *Language in Society* 28:225-238.

Moreno Fernández, F. 2005. *Principios de Sociolingüística y Sociología del lenguaje*. Barcelona:Ariel

Newmeyer, F.J. 1988 (ed.) *Language: the sociocultural context*. London:Cambridge University Press.

Ngom, F. 2003. The social status of Arabic, French and English in the Senegalese speech community. *Language Variation and Change* 15:351-368.

Pawles, Anne (ed.).1987. *Women and language in australian and New Zealand Society*. Sidney: Australian Professional Publications.

Sheldon, Amy.1993. Pickle fights:gendered talk in preschool disputes. En Tannen (ed), 83-109.

Silva-Corvalán, C. 2001. *Sociolingüística y pragmática del español*. Georgetown: University Press.

Smith, P. 1985. *Language, the sexes and society*. Oxford: Blackwell.

Tagliavini, C. 1983. Modificazioni del linguaggio nella parlata delle done. En Tagliavini (ed), 87-142.

Tagliavini, C. 1983. *Scritti in onore di Alfredo Tombetti*, Milan: Hoepli

Tannen, D. (ed) 1993. *Gender and conversational interaction*. Oxford: University Press.

Tannen, D. 1990. *You just don't understand. Women and men in conversation*. Nueva York: Harper Collins.

Terracini, B.1922. Il parlare di Usseglio. *Archivo Glottologico Italiano* 18:105-186.

Thorne, B. y N. Henley (eds).1975. *Language and sex: difference and dominance*. Rowley: Newbury House.

Uchida, A. 1992. When difference is dominance: a critique of the anti-power based cultural approach to sex differences. *Language in Society* 21:547-548.

Wodak, R. y G. Benke .1997. Gender as a sociolinguistic variable. New perspectives on variation studies. En Coulmas, (ed.),127- 150.